

DISCURSOS LEÍDOS EN LA CONFERENCIA SOBRE LA POLÍTICA ANGLOAMERICANA HACIA LATINOAMÉRICA, QUE SE REUNIÓ EL 14 DE MARZO DE 1963 EN DITCHLEY PARK, OXFORDSHIRE, INGLATERRA, BAJO LOS AUSPICIOS DE LA DITCHLEY FOUNDATION

Discurso de Lord Dundee

Todos los aquí presentes hemos venido a discutir el modo de ayudar a la América Latina en su marcha hacia la prosperidad, la estabilidad política y la libertad personal.

Durante el siglo XIX la independencia de las nuevas naciones latinoamericanas y su desarrollo económico recibieron la ayuda tanto del poder como de los capitales británicos: nuestra flota protegió a las nuevas repúblicas de una reconquista por la Europa de Santa Alianza (la Legión británica luchó a favor de Bolívar en Venezuela y Cochrane lo hizo en Chile) y los inversionistas ingleses ayudaron a la construcción de los ferrocarriles, de los puertos y de las ciudades, hace más de cien años.

En el presente siglo la mayor parte de nuestras inversiones en Sudamérica hubieron de ser enajenadas para pagar dos guerras mundiales, pero aun tenemos allí inversiones importantes: el grupo Shell tiene unos £ 300.000,000 invertidos en Venezuela, país del que saca la mayor parte de su petróleo crudo; adquirimos el 60 % de las exportaciones de carne de la Argentina, obtenemos café en el Brasil, cobre en Chile, lana en el Uruguay y todo el estaño refinado aquí viene de Bolivia. Exportamos mercancías con valor de £ 170.000,000 hacia Latinoamérica e importamos por valor £ 340.000,000, o sea, el doble. Esto es lo que nuestros economistas llaman una balanza comercial desfavorable. Tenemos algunas comunidades británicas bastante grandes viviendo en la América Latina; veinte mil ingleses sólo en Buenos Aires.

Pero la razón principal que nos lleva a tratar de interesar al público británico de manera más activa en los asuntos latinoamericanos, y de aumentar en la medida que nos sea posible nuestra ayuda, es la importancia vital que Latinoamérica tie-

ne para la totalidad del mundo libre. En este momento hay doscientos millones de latinoamericanos en el mundo: a fines de este siglo habrá unos seiscientos. Su riqueza material, considerada en conjunto, no crece con igual velocidad. Muchos millones de estos hombres están viviendo al borde del hambre. No todos ellos poseen ese mínimo de seguridad económica sin el cual no se puede apreciar la libertad humana ni se puede tener la voluntad de defenderla. Necesitan el capital indispensable para obtener, ellos y sus descendientes, los medios de ganarse decentemente la vida. Necesitan ayuda y consejos técnicos que les permitan mejorar su economía y su educación científica. Necesitan simpatía y aliento para lograr una reforma de los métodos de la administración y de tradiciones que son con frecuencia menos eficientes de lo que deberían.

Espero que esta conferencia pueda ayudar a poner en claro la necesidad que hay de una política combinada hacia Latinoamérica, política que debe ser aceptada por los países superindustrializados de Occidente. Las cosas sobre las que debemos intentar llegar a un acuerdo son los convenios sobre precios de mercancías, la ayuda técnica, los objetivos políticos y la ayuda financiera que puede ser bilateral o multilateral.

En las economías internas de países como los Estados Unidos y la Gran Bretaña, los gobiernos garantizan un precio mínimo o básico a los agricultores, que son nuestros productores más importantes de productos primarios. ¿Por qué hacemos esto? No lo hacemos por compasión hacia los agricultores, sino porque nuestra economía en su totalidad está mejor balanceada y acusa una mayor prosperidad si aquellos que producen los alimentos reciben una compensación justa por su trabajo, compensación que pueda compararse con la de los que fabrican productos industriales muy especializados. Cuando hay una caída de los precios agrícolas, y no hay una acción gubernamental que lo remedie, la comunidad agricultora deja de comprar y los obreros fabriles se quedan sin empleo.

Me parece que el mismo argumento puede aplicarse dentro de un marco mucho más amplio a la economía del mundo libre. Desde 1954 los precios mundiales de los productos pri-

marios han caído de una manera tal que los países subdesarrollados, muchos de los cuales están en la América Latina, que viven de la exportación de esos productos, han perdido en sus intercambios con el extranjero el doble de la suma total de la ayuda financiera que les ha sido dada por los Estados Unidos, la Gran Bretaña y Europa Occidental juntos. Mientras tanto, los precios de los productos manufacturados, que exportamos, han ido subiendo. No es de extrañar que les resulte difícil comprarnos. A la larga no nos favorece el que compremos a precios que no son una retribución justa para los pueblos productores. Hay Consejos Internacionales, unos ya existentes y otros en formación, para el trigo, el café, el cacao, el estaño y el azúcar. Busquemos qué se puede hacer para que sean más efectivos y cómo hacer aun mucho más, por medio de acuerdos internacionales, con objeto de llegar a un precio justo y estable de las mercancías.

En lo que se refiere a la ayuda técnica y educativa, el Reino Unido podrá seguramente aportar una contribución proporcional mucho mayor de la que podemos hacer en las finanzas, y espero que oigamos sugerencias sobre los lugares que más lo necesitan y los modos de hacerlo. El año pasado iniciamos un programa de ayuda técnica para Latinoamérica en pequeña escala, pero que esperamos aumentar: hemos enviado ya una misión agronómica tropical a Bolivia; también hemos enviado técnicos metalúrgicos y expertos administrativos a ese mismo país y estamos examinando proyectos referentes al Brasil, a la Argentina y a otros países. Nuestros servicios culturales e informativos han aumentado mucho estos últimos años, y Lord Davidson ha mencionado al comité del profesor Parry que está estudiando el estado en que se encuentran los estudios latinoamericanos en nuestras universidades.

Políticamente nuestro objetivo es ayudar a aquellas fuerzas que en la América Latina (la Iglesia, por ejemplo, es frecuentemente una de las más fuertes) trabajan por las reformas sociales, y ayudar al mismo tiempo a contratacar a la penetración comunista y a la subversión, que ahora considera a la América Latina como la meta más importante dentro del mundo libre.

El gobierno británico se halló en acuerdo total con los Estados Unidos, en el último otoño, para que se retiraran los cohetes "tierra-tierra" rusos de Cuba. Me temo que no pueda decirse lo mismo de todos los periódicos británicos, algunos de los cuales se mostraron lamentablemente débiles y tambaleantes en este punto. El retiro de las armas nucleares ofensivas del hemisferio occidental es una gran victoria para la libertad, pero Cuba seguirá siendo un centro de subversión de Latinoamérica mientras llega el momento de que Cuba vuelva a la familia de naciones americanas.

La ayuda financiera de las naciones avanzadas de Occidente a Latinoamérica se necesitará durante mucho tiempo, tanto para aliviar las dificultades cambiarías como para financiar el desarrollo fundamental. En lo que concierne a la Gran Bretaña, los excedentes comerciales adversos desde la guerra han limitado seriamente el monto total de la ayuda (queremos dar más de lo que deberíamos) que podemos permitirnos; y de lo que podemos proporcionar, gran parte está destinado a aquellos grandes países nuevos de Asia y de África, a los que hemos educado en el arte del gobierno y a los que hemos hecho independientes.

Esperamos que en el futuro podamos darle un poco más a Latinoamérica. Lo que le damos ahora va a través de organismos multilaterales. Después de los Estados Unidos somos los mayores suscriptores del Banco Internacional, de la Asociación Internacional de Desarrollo y del Fondo Especial de las Naciones Unidas. Nuestra parte, en este año, de la ayuda que se da al través del llamado Club de París (es decir, los acreedores europeos más importantes de Latinoamérica) debe de ser de unos diez millones de libras esterlinas, destinados a la Argentina. En acuerdos bilaterales nuestra ayuda ha sido pequeña; en los dos últimos años hemos prestado dos y medio millones de libras al Brasil para solucionar parcialmente el problema de sus deudas comerciales, dos millones de libras a Chile para reparar los daños del terremoto y £ 265,000 a Bolivia para la rehabilitación de sus ferrocarriles.

Una de las razones por las que debemos tratar de encontrar los medios de aumentar nuestra ayuda financiera es el

proyecto que el presidente Kennedy llamó la Alianza para el Progreso, y que lanzó hace dos años, el cual fue aprobado en Punta del Este cinco meses después, no debe dejarse sólo a cargo de los Estados Unidos.

Durante el primer año, la Alianza para el Progreso encontró múltiples dificultades y fue muy criticada, cosa que me parece debía esperarse. Sin embargo he creído que es uno de los mejores planes, y es obra de gran imaginación, hechos para el bien de la humanidad que el mundo haya conocido, y estoy absolutamente convencido de que saldrá adelante. Ya ha echado los cimientos para logros futuros en Bolivia y espero que también en el Brasil.

El periódico *The Times*, en un excelente artículo de fondo publicado hace tres días, escribía: "Los Estados Unidos pueden pedir con todo derecho a Europa que comparta la carga, que es tanto política como económica". Creo que hay muy buenas razones para que los Estados Unidos pidan a otros que compartan la carga con ellos: una de las razones es que los beneficiarios de la ayuda financiera, ya sean particulares, ya sean naciones, no adoran a los donadores todo lo que pudiera esperarse, y las cosas son más sencillas si la falta de agradecimiento puede ser distinta entre varias personas, en vez de caer sobre una sola.

El monto de la ayuda financiera que un país cualquiera puede dar depende de la magnitud de los excedentes comerciales de que dispone. Esperamos que la solicitud que hemos presentado para ingresar en el Mercado Común europeo será aceptada, porque pensamos que una zona comercial mayor en población y en recursos materiales que los propios Estados Unidos, doblará y volverá a doblar la capacidad de todos nosotros para ayudar a los países en proceso de desarrollo en el mundo. Esta es la razón por la que el intento de formar un Mercado Común ensanchado fue tan ruidosamente atacado por la propaganda comunista en todo el mundo, y esta es la razón por la que el comunismo se está regocijando de la destrucción (por lo menos temporal) de este plan, debido a la obstinación del presidente francés. No debemos amargarnos por ello, porque la amargura no es buena. Lo que debemos

hacer es buscar, de manera paciente e incesante, los mismos objetivos, con ayuda de cualquier método. Espero que será posible a través del informe Kennedy lograr las reducciones mutuas de las barreras arancelarias, cosa que necesitamos para acelerar nuestro crecimiento económico. En caso de que esto no se produzca, creo que debemos seguir reunidos y hallar otro camino para reducir las tarifas entre aquellos países que quieren reducirlas.

A la par que buscamos la cooperación internacional, debemos hacer todo lo que nos sea posible en el interior para adelantar el crecimiento económico. Nuestro propósito al obrar así no debe ser el tratar de crear meramente una sociedad de abundancia aun más rica que la actual, sino aumentar la capacidad de ayudar a los demás, que en la Gran Bretaña no es tan grande como debiera serlo. No conozco mayormente los problemas económicos de los Estados Unidos, pero sé que, debido a sus grandes gastos ultramarinos, tanto de ayuda como de defensa, se enfrentan con serias dificultades en lo que se refiere a la balanza de pagos, e incluso he oído posteriormente que se encuentran un poco preocupados por el vigor del dólar, pues a pesar de tener reservas de oro por valor de £ 16,000 millones, las autoridades financieras americanas son tan escrupulosas que no quieren aceptar una subida del precio del oro en el mundo, la mayor parte del cual parece estar entre sus manos; esto me pareció siempre una medida que debía tomarse. Pero no soy economista, y me alegra saber que varios de ustedes son destacados expertos en finanzas públicas y bancarias. Cuando por primera vez en 1931 entré en la Cámara de los Comunes, el mundo se hallaba en la peor situación económica que jamás haya conocido: el desempleo y la pobreza habían llegado a ser endémicos por todas partes, aunque la producción potencial era obviamente lo bastante importante para que estas cosas desaparecieran. Teníamos entonces la costumbre de invitar a los economistas más famosos de quienes teníamos conocimiento para que se dirigieran a nosotros en los comités de la Cámara de los Comunes, y nos aconsejaban cómo sacar al mundo de tan espantosa confusión. La conclusión a la que llegamos es que cuando hay cinco

economistas en un cuarto se oyen seis opiniones diferentes, dos de las cuales son las opiniones de Keynes. Siempre estuve de acuerdo con una de las opiniones de Keynes y me gustaría que pudiera estar aquí, hoy. A pesar de que estaba en contra de la inflación, creo que nos habría dicho que algunos de esos países latinoamericanos, cuya imprevisión financiera condenamos, pueden tener una excusa para su inflación mejor que la nuestra, porque los precios de todo lo que venden bajan y los precios de todo lo que necesitan comprar suben. Espero que el Banco Internacional no sea muy estricto en las condiciones que se les imponen para obtener créditos. Seguramente recuerdan todos ustedes el chiste que se hace sobre los banqueros: están deseando prestarle dinero cuando usted no lo necesita.

Espero que sus discusiones sean tan provechosas como interesantes, y espero que den a los políticos ignorantes como yo, consejos tan bien fundados y tan claros que no tengamos más remedio que seguirlos.

Notas Previas de Arthur Schlesinger

Me satisface poder expresar, en nombre de los americanos aquí presentes, nuestra gratitud a la Fundación Ditchley por haber reunido esta conferencia sobre políticas hacia Latinoamérica, y también expresar nuestro aprecio a Lord Dundee por la claridad y conocimientos con que ha delineado los problemas en sus observaciones inaugurales. Los americanos aportan en esta conferencia, como pronto se verá, una multitud de puntos de vista distintos sobre los problemas latinoamericanos, y no querría limitarlos con lo que voy a decir. Sin embargo, creo que será útil exponer los aspectos más sobresalientes de la situación latinoamericana, tal como los ve la Administración en Washington.

El interés de los Estados Unidos por la América Latina es, desde luego, natural y tradicional. La revolución que, en la década de 1770, se produjo en la América del Norte contra del colonialismo fue seguida, en la primera mitad del siglo XIX, por una serie de revoluciones en contra del colo-

nialismo en Latinoamérica. La Doctrina Monroe, una de las primeras expresiones de una política exterior americana propia, afirmaba una visión de los Estados Unidos en la cual el hemisferio occidental ya no estaba abierto a la intervención o colonización extracontinentales. En la misma década en que apareció de la Doctrina Monroe, se produjo la primera discusión acerca de la cooperación panamericana, la cual fracasó. A finales de ese mismo siglo la Unión Panamericana surgió como una empresa común de cooperación hemisférica.

No tengo la intención de sugerir que el trato de Norteamérica con la América Latina fue totalmente benigno y desinteresado. Para muchos norteamericanos el panamericanismo era, entre otras cosas, una manera de adelantar la penetración económica y la política exterior de los Estados Unidos en Latinoamérica, un modo de mejorar los intereses de las compañías y de los bancos americanos. Un período durante el cual estas metas dominaron la política exterior de los Estados Unidos permanece bajo un montón de memorias y de estereotipos que han complicado las relaciones interamericanas desde entonces.

Durante este mismo periodo, las repúblicas latinoamericanas desarrollaron sus propias tradiciones e instituciones. La mayor parte de estos países estuvieron a merced de la inestabilidad política, la estagnación económica, la muy desigual distribución de la riqueza y del poder, el analfabetismo y la pobreza. Al mismo tiempo los ideales bolivarianos de libertad nacional y dignidad encerraban una fuerza latente. De vez en cuando, en todos los países latinoamericanos el *status quo* era sacudido por aquellos que buscaban una vida mejor para sus pueblos.

La política del buen vecino de Franklin Roosevelt reconoció a la nueva Latinoamérica que se estaba gestando; una Latinoamérica que no habría de aceptar durante mucho tiempo tiempo más un status de inferioridad en el hemisferio. La meta principal de esta política era afirmar la igualdad constitucional y jurídica de las repúblicas americanas.

La Doctrina Monroe se hacía multilateral; la no intervención se convertía en un principio fundamental de las relacio-

nes del hemisferio y, a fines del periodo, se establecía la Organización de los Estados Americanos. Aunque Roosevelt estableció el Export-Import Bank en gran parte con la intención de estimular el comercio interior del hemisferio, la Política del Buen Vecino carecía en lo fundamental de las dimensiones social y económica. A pesar de esto se habían echado los cimientos para una sólida política del hemisferio.

La Segunda Guerra Mundial llevó la atención de los Estados Unidos hacia nuevos lugares del mundo; después de la guerra la amenaza de la expansión comunista por Europa y Asia dejó a la América Latina, en lo que a la política de los Estados Unidos se refiere, en un lugar secundario. Entre 1945 y 1960 esta región recibió menos del 3 % del total de la ayuda económica de los Estados Unidos: Europa recibió el 41 %, el Lejano Oriente el 17.5 % y el Cercano Oriente casi el 12 %. Sólo Yugoslavia recibió más ayuda de los Estados Unidos que todos los países de Latinoamérica juntos. Esto, debo añadir, fue un error bipartidista, mantenido fielmente tanto por la administración demócrata como por la republicana.

Sin embargo, la exigencia de una modernización y la demanda de igualdad —la petición de pertenecer al siglo xx— que atravesó al mundo subdesarrollado a partir de la Segunda Guerra Mundial, no evitó a Latinoamérica. Las naciones latinoamericanas, que habían gozado de independencia política desde hacía más de un siglo y que representaban, en cierto sentido, la parte menos desarrollada del mundo occidental, llegaron la amarga convicción de que su propia modernización había sido aplazada de manera intolerable. Si algo fue claro en Latinoamérica durante los años 1940 y 1950 era que el *status quo* estaba condenado y que un cambio social y económico de largo alcance era inevitable.

La primera contestación norteamericana llegó a través de la idea un tanto complaciente de que el tan deseado crecimiento económico podía obtenerse, en primer lugar, por medio de inversiones privadas fuera de todo control, visión que llevó a insistir sobre la creación de un clima político y económico que atrajera las inversiones privadas. Esto significaba, políticamente, una tolerancia para con las dictaduras de extrema

derecha y, económicamente, el solicitar una política monetaria deflacionista. Pero esta respuesta demostró ser cada vez más inadecuada para las necesidades de Latinoamérica. En 1950, los gobiernos latinoamericanos hicieron una serie de propuestas para crear un banco de desarrollo interamericano y para otros proyectos de desarrollo regional, todo lo cual culminó en la Operación Panamericana ideada por el presidente del Brasil, Juscelino Kubitschek, en 1958.

La revolución de Castro en Cuba en los años 1958-1959 hizo que los norteamericanos advirtieran claramente el deseo de un cambio social que había al sur de nuestra frontera. En 1960, la OEA respondió a la propuesta de la Operación Panamericana con el Acta de Bogotá, donde se elaboraba un amplio programa de mejoras sociales y de desarrollo económico. En marzo de 1961, el presidente Kennedy, reviviendo las tradiciones tanto del Buen Vecino como del "New Deal" de F. D. Roosevelt, pidió una Alianza para el Progreso un "amplio esfuerzo por obtener una vida mejor para todos los pueblos del continente" al través del desarrollo económico y social, de reformas de las estructuras y consolidación de las instituciones democráticas, comprometiendo a su administración en el apoyo firme del liberalismo progresivo latinoamericano.

No quiero discutir aquí los logros —o los fracasos— de la Alianza para el Progreso. Sólo quiero indicar que la Alianza está fundada en la idea de que la revolución es inevitable en la América Latina, y que sólo se trata de ver de qué forma se hará: si será comunista, nacionalista y demagógica o democrática. En Latinoamérica las fuerzas indígenas que se afanan por lograr un cambio caen con frecuencia en las dos últimas categorías señaladas —por un lado, el nacionalismo demagógico social, siendo el peronismo argentino el caso típico, por otro, los partidos democráticos, o sea los sedicentes *partidos populares*, partidos demócratas progresivos como Acción Democrática de Venezuela, el PRI de México o el APRA en el Perú, o partidos demócrata cristianos, como el COPEI venezolano o los demócratas cristianos de Chile.

El éxito de la Alianza para el Progreso depende de la ca-

pacidad y de la fuerza del liderato democrático en Latinoamérica —y en este contexto es donde el régimen castrista de Cuba adquiere gran importancia. A la larga, las oligarquías latinoamericanas están llamadas a desaparecer, y a la larga creo que los nacionalismos demagógicos fracasarán en la organización de las energías nacionales en un intento de modernización competente. La decisión fundamental que ha de tomar la América Latina estriba en la elección entre la revolución democrática y la revolución comunista.

Es la misma elección a la que se enfrenta el continente asiático y algunos en Latinoamérica, debe decirse, han acariciado a su modo las ilusiones de la India. Esta ilusión es que los demócratas y los comunistas pueden obrar juntos, hombro con hombro, para lograr la emancipación de las masas y adelantar el proceso de modernización. Esta ilusión murió recientemente en las fronteras del norte de la India y está muriendo hoy en las colinas de Venezuela y en las calles de Caracas. La amenaza castrista no es, evidentemente, una amenaza a los Estados Unidos; es una amenaza al desarrollo democrático de Latinoamérica. A despecho de los anhelos de los pensadores europeos de café, Castro no está desengañado de su misión. Su propósito fundamental es destruir la revolución democrática en las Américas con objeto de que la revolución comunista sea posible.

El carácter de esta revolución democrática variará de un país a otro. Entrañará en cierta medida dirección, iniciativa y planeación públicas, especialmente durante las etapas primeras del desarrollo. También acarreará una participación creciente de iniciativas y empresas particulares, incluyendo inversiones extranjeras responsables. Requerirá la revisión de las arcaicas estructuras de la tenencia de la tierra. Exigirá un ataque a fondo en contra de la ignorancia y del analfabetismo. Dará vida a un movimiento sindical fuerte y libre.

Pedirá un método para enfrentarse con problemas de las fluctuaciones de los precios de los productos de los que depende la economía latinoamericana de manera fundamental. Será necesario un progreso continuo en la integración económica de los Estados latinoamericanos. Y por encima

de todo, requerirá una serie de esfuerzos inmensos e ininterrumpidos de auto ayuda y de reformas sociales de los propios latinoamericanos. De lo que se trata es, en definitiva, de un "New Deal" —de una Nueva Frontera— para todo el continente.

La Alianza para el Progreso marca la primera iniciativa creadora en la política hemisférica que se toma desde la política del buen vecino de Roosevelt. Es la aplicación de los ideales de progreso democrático de la Administración Kennedy a la circunstancia latinoamericana. Mientras los Estados Unidos han afirmado siempre su especial interés por el desarrollo de la América Latina, nunca hemos supuesto que esto fuera una tarea que incumbiese exclusivamente a los norteamericanos. Latinoamérica es parte del mundo occidental y su futuro es una responsabilidad común del Occidente por lo que nos felicitamos de esta oportunidad que se nos ofrece de discutir aquí, en Ditchley, estos temas.

Debo añadir que la Gran Bretaña más que ningún otro país de Europa, con excepción de España y de Portugal, ha sido quien ha tenido una relación más vigorosa y continua con la América Latina. Esta relación remonta a los días en que el almirante Cochrane y otros ingleses contribuían a liberar aquellos países del colonialismo. El liberalismo británico influyó en el pensamiento de muchos libertadores, incluso en el de Bolívar y en el de San Martín. La Gran Bretaña entonces ayudó a abrir a los países latinoamericanos al comercio mundial.

La Gran Bretaña ha conformado y estimulado al desarrollo económico y social de países como la Argentina y el Uruguay en particular. La cultura inglesa y las universidades inglesas han tenido una influencia continua al través de los países latinoamericanos, donde hay un profundo respeto por la ciencia británica y por su tecnología, y una curiosidad que aumenta día a día por la administración pública y por sus prestaciones sociales.

Inglaterra, a nuestro modo de ver, tiene una tarea muy importante dentro de la Alianza para el Progreso, una tarea que va mucho más allá de los intereses de las inversiones par-

ticulares y del comercio. Vuestra nación puede ser un socio indispensable en el gran esfuerzo de llevar la democracia a Latinoamérica, una democracia que se traduzca por una auténtica representatividad de las instituciones, por la vitalidad de las ideas y la consolidación del bienestar social y económico.

Lo que intentamos a través de la Alianza para el Progreso no es sólo ayudar a Latinoamérica para que se ponga a la altura del siglo xx, sino para que llegue a ser un miembro de pleno derecho de la Comunidad Atlántica. Los imperativos de la historia, de la geografía y de la cultura han hecho desde hace mucho tiempo de los Estados latinoamericanos miembros potenciales de la política atlántica. La Alianza para el Progreso, si triunfa, permitirá que esos países aporten una contribución al progreso político, económico y cultural de Occidente. El presidente Kennedy ha descrito a la América Latina como "la región crucial del mundo de hoy". En ningún lugar del mundo se hallan las ideas y los recursos democráticos occidentales sometidos a una prueba más dura que la que atraviesan allí. Si no podemos triunfar allí, donde nuestras tradiciones comunes son la base del desarrollo democrático ¿cómo podemos esperar salir con bien de los intentos exóticos en Asia y África, donde la democracia progresista tiene escasas raíces naturales?

Pero no quiero concluir con una pregunta tan embarazosa. Estoy seguro de que, a pesar de todas las dificultades, la Alianza para el Progreso, triunfará no sólo por la determinación de la Administración americana que debe lograrlo, no sólo por la cooperación que la Alianza obtendrá de la Gran Bretaña y de otros países de la Europa Occidental, sino sobre todo por el deseo del pueblo latinoamericano de obtener, con términos tomados de la Carta de Punta del Este "un progreso económico acelerado y una amplia justicia social dentro del marco de la dignidad personal y de la libertad política".

Alocución final del Preboste

Esta conferencia convocada por la fundación Ditchley y el Consejo hispánico y luso-brasileño, ha tenido mucho éxito

al lograr lo que se propuso llevar a cabo. Su primer objetivo fue intercambiar puntos de vista de ingleses y norteamericanos especializados en Latinoamérica, sobre los problemas de esa región, y la política que Inglaterra y los Estados Unidos deben mantener allí. El segundo, discutir en qué forma se puede coordinar esa política para mejor conveniencia de los países latinoamericanos.

Semejante discusión, si queremos ser francos, tenía que ser confidencial. Sin embargo, no hay nada secreto sobre nuestras deliberaciones. En ningún momento representan una tendencia de Inglaterra y Estados Unidos hacia la creación de un sistema exclusivo de política bilateral. Por el contrario, se proporcionó amplia información sobre tres puntos fundamentales de la conferencia que fueron explícita, o tácitamente aceptados por todos los participantes: cada uno de los dos países tiene sus actividades e intereses propios y su política debe ser independiente, la cooperación con otras naciones occidentales es igualmente importante, y sobre todo, las respuestas básicas a los problemas de latinoamérica se encuentran en manos de los países latinoamericanos. Son ellos quienes deben delinear su propio destino político y encontrar la mayor parte de los medios para lograr su avance económico.

Durante la conferencia se hizo una magnífica exposición de los objetivos y funcionamiento de la OEA, la Alianza para el Progreso y otras instituciones del sistema interamericano. Se manifestó claramente que no existen medios ni deseos de incluir países no americanos en esas organizaciones. La acción de Inglaterra u otros países europeos en Latinoamérica sólo puede ser un suplemento al esfuerzo de ayuda mutua existente en el hemisferio, aunque también se puede coordinar con él. Por supuesto, existe el problema de saber si naciones independientes miembros del Commonwealth pueden o deben participar en la Organización de Estados Americanos y el sistema americano en general. Éste es un asunto que depende esencialmente de ellos, así como de los países miembros de dicho sistema.

La conferencia consideró su agenda bajo dos puntos de vista: uno económico y social, y otro político. Pero, es obvio que

esos dos temas estuvieron íntimamente relacionados, ya que las condiciones políticas son vitales para las medidas económicas, y además toda política de ayuda económica presupone que se comparten ciertos objetivos políticos generales. Nosotros estuvimos de acuerdo en considerar que la meta común a largo plazo era la adhesión de los países latinoamericanos a los ideales sociales y democráticos del mundo libre, en vez de las doctrinas de revolución totalitaria. No es necesario subrayar que hubo diferencias de opinión entre ingleses y norteamericanos sobre algunos detalles relativos a la manera en que se podrían alcanzar esos objetivos.

Nuestras discusiones se refirieron a temas muy amplios incluyendo:

1) Ayuda financiera e inversión privada y sus relaciones, atendiendo a que la inversión privada sólo puede ser atraída pero no forzada.

2) Coordinación de políticas de ayuda externa con planes de desarrollo regional, lo cual es la característica más importante de Alianza para el Progreso.

3) Política monetaria y bancaria, sobre la cual hubo fuertes controversias, algunos consideraban la política anti-inflacionista fatal para el desarrollo económico, mientras otros opinaban lo contrario.

4) Desarrollo del comercio, impuestos, y convenios sobre precios de productos agrícolas, haciendo énfasis en la superioridad del comercio sobre la ayuda económica, y en consecuencia, la necesidad de mercados libres y mejores precios para productos latinoamericanos.

5) Asistencia técnica a través de personal especializado, y adiestramiento y ayuda para el fortalecimiento de la administración pública que es la llave para un buen gobierno.

6) Ayuda para educación e intercambio de estudiantes, para lo cual se contó con un informe especial de los académicos allí presentes.

7) Lazos culturales, especialmente la enseñanza del inglés y el aprendizaje de literatura inglesa en Latinoamérica, así como la promoción de estudios sobre América Latina en los Estados Unidos e Inglaterra.

8) Prensa y transmisiones por radio que hasta ahora han sido muy escasas.

9) Relaciones parlamentarias, de asociaciones de comercio y profesionales, las cuales necesitan ser fortalecidas.

10) Integración regional económica y política, y la utilización de la experiencia europea en ese sentido.

11) Coordinación de los sistemas de aprovisionamiento de armas a América Latina, tendiendo a reducir la carga de armamentos en la economía latinoamericana, y el estudio, con los países respectivos, del tema del establecimiento de una zona desnuclearizada en América Latina.

12) Las implicaciones de la revolución de Castro y la presencia del comunismo en Cuba.

Permítaseme decir, ya que se ha informado de lo contrario, que la conferencia no discutió sino en forma accidental, al estudiar la política de la OEA, el tema de la prevención de la subversión e infiltración comunista. Tampoco circuló ningún documento sobre este tema en la reunión.

En efecto, hubiera sido completamente inapropiado que en una conferencia convocada por dos organizaciones, en donde participaban diplomáticos, políticos de diversas orientaciones, hombres de negocios y académicos, se tratara de llegar a conclusiones sobre asuntos de políticas gubernamentales contradictorias. Sin embargo, desde el punto de vista británico, la conferencia no podía dejar de interesarse en la importancia de Latinoamérica para el Occidente y para nosotros en particular, y en consecuencia, de la necesidad de incrementar y reforzar nuestra política hacia esa área atendiendo a los límites impuestos por nuestras posibilidades y nuestros compromisos en otras partes del mundo. Esperamos, que en ambos lados del Atlántico los participantes a la conferencia lleven el beneficio de nuestro intercambio de puntos de vista e información a sus principales organizaciones gubernamentales y privadas, y que esto sirva para orientar su política en el futuro.

Un punto sobre el que se insistió fue que el avance económico no es suficiente para prevenirse contra la amenaza de la revolución comunista mundial. Debe ser acompañado de

mejor distribución de la riqueza, reforma social, una administración pública adecuada, y sobre todo del desarrollo de sistemas políticos y partidos consagrados al proceso democrático y mejoramiento social. Esas condiciones existen, o no, en diversos grados en varios países latinoamericanos. Para establecerlos completamente estaría justificada la propuesta de Mr. Schlesinger, de una revolución democrática, al iniciarse la conferencia.

Esta ha sido una de la serie de conferencias Ditchley sobre diversos aspectos de las relaciones angloamericanas. Su éxito nos alienta a proseguir con nuestro programa y confirma nuestra creencia en que una discusión franca y confidencial sobre puntos debatibles es la mejor base para un entendimiento mutuo.